

## HISTORIA Y UNIVERSIDAD HOY<sup>1</sup>

ALBERTO J. PLA \*

Hoy hemos terminado unas nuevas Jornadas donde los historiadores de distintas Universidades nos hemos reunido para hablar de nuestros problemas, de nuestros trabajos, de nuestras preocupaciones. Ello se traduce, normalmente, en una actitud que nos lleva a hacer énfasis en nuestras respectivas especialidades. Tratamos de aportar, de polemizar, de contribuir con nuestros esfuerzos para que este campo, el de la Historia, se nos justifique como un campo en el cual nos realizamos, tanto intelectualmente como – diría yo—individualmente. Seguramente hemos avanzado. Mucho o poco, pero hemos avanzado. Tenemos que haber avanzado para justificar nuestro propio oficio, nuestras propias preocupaciones –dispareas por cierto— y muy especialmente porque si no, una reunión de este tipo, multitudinaria y que requiere tantos esfuerzos, no se justificaría.

Escapa a mis posibilidades el hacer un balance general, y quizá lo que estoy diciendo se deba entender más como una toma de posición, como una aspiración, quizá como un deseo simplemente, pero que trata de llegar a las conciencias de los que nos hemos reunido aquí, con el objetivo de transmitir, más que conclusiones, preocupaciones; más que recomendaciones, por muy validas que ellas sean, reflexiones críticas y autocríticas posiblemente para pensar juntos algunos problemas que nos aquejan.

Seguramente hemos aprendido más cosas. Salimos de estas Jornadas – o deberíamos salir— mejor preparados en nuestras respectivas especialidades. Pero para el historiador que se precie de tal y no de ser un simple cronista o un repartidor de saberes ya adquiridos e institucionalizados, no tiene prioridad el aprender más cosas, más información, más datos, sino principalmente

---

<sup>1</sup> Conferencia de Clausura de las VI° Jornadas Interescuelas/Departamento de Historia de las Universidades Nacionales, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa, Santa Rosa, 17-19 de septiembre de 1997. Fue publicada con autorización del autor en *Cuadernos de Debate*, Año 2, N°5, Octubre de 1997, Corriente Estudiantil de Unidad Popular José Carlos Mariátegui, Buenos Aires. Agradecemos al profesor Esteban Chiaradía por habernos conseguido una copia del texto original. La transcripción fue realizada por el Comité Editorial.

\* Alberto J. Plá (1926-2008). Fue uno de los más destacados historiadores argentinos tanto por su producción académica como por su trayectoria y compromiso. Se desempeñó como titular de la cátedra Historia de América III de la Universidad de Buenos Aires hasta que pasó a retiro. Fue director de la carrera de Historia de la Universidad Nacional de Rosario, donde ocupó la cátedra de Historia de América Contemporánea que forma parte de la Red Intercátedras de Historia de América Latina. En 1995, fue nombrado profesor consulto de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Fue miembro del Centro de Estudios de Historia Obrera de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. Integró la Cátedra Libre Ernesto “Che” Guevara de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Dirigió entre 1972 y 1974 la colección “Historia del Movimiento Obrero” y entre 1971 y 1985, “Historia de América en el siglo XX” del Centro Editor de América Latina. Es autor de *Socialismo y sindicalismo en los orígenes del movimiento obrero latinoamericano*, *Introducción general a la historia del movimiento obrero*, *Ideología y método en la historiografía argentina*, *La burguesía nacional en América Latina*, *Historia y Socialismo*, entre otros.

avanzar en la manera de pensar los problemas a los que nos desafían nuestros datos, nuestras informaciones. Ciertamente a partir de un saber acumulado y de una experiencia concreta. No creo que debemos desperdiciar nada, ni errores ni aciertos, ya que la mejoría se basa en superaciones que abarcan a ambos. El saber (reflexivo) el sujeto (estudiante o docente investigador) se modifica a sí mismo por los efectos de ese saber. De esta manera es que el sujeto se constituye (personal y socialmente), y esta es una manera de incidir sobre el objeto de estudio, en una constante interrelación.

El conocimiento permite conocer más datos, más información, más objetos, lo que ayuda a desarrollar la racionalidad y a comprender mejor (y quizá de manera distinta) lo que ya se conocía antes. Porque todo conocimiento verdadero (aún en su relatividad) contiene dosis de incertidumbre, y ella es el primer paso para desarrollar más conocimiento, porque la duda reflexiva es constructiva, al revés de la duda absoluta que es paralizante. Todo esto es una relación dialéctica: partimos de aumentar nuestra información para conocer. Pero nunca el aumento cuantitativo del conocer sustituirá por sí al saber reflexivo. Se alimenta el pensamiento abstracto elevándose desde el pensamiento concreto y la mayor cantidad se convierte en nueva calidad. Esto justifica el esfuerzo que hacemos para conocer mejor y avanzar en el desarrollo de la ciencia social, de la historia en nuestro caso específico.

Pero yo me quiero referir hoy a algo que nos abarca y condiciona de manera ineludible. Lo podría llamar la crisis de la educación, o la crisis de la universidad específicamente. Pero creo que es algo más amplio. Permítanme alejarme un poco de nuestro campo, para retornar después al mismo. El mundo vive una situación traumática: ajusta la economía y afecta a la sociedad toda para salvar al sistema; y paralelamente se le van agotando los márgenes para seguir con ese ajuste. No me voy a referir a la crisis y al ajuste mercadista y monetarista en general. Me quiero referir a un solo aspecto para no hacer esta intervención demasiado larga: el problema de la educación y la universidad. Para ello debo salir a enfrentar el discurso más generalizado que nos ofrecen hoy desde los distintos ámbitos del poder. Se nos dice, por ejemplo, que con las nuevas tecnologías, se necesitan más personas capacitadas. Que los desocupados lo son porque carecen de capacitación. Y el Estado, paradójica y paralelamente, abandona sus responsabilidades para que exista una educación más abarcadora.

Pero empecemos por lo primero. Es cierto que las nuevas tecnologías requieren personal más capacitado en la utilización de las mismas, pero también es cierto que cada vez se requiere menos personal para atender estos trabajos. El Estado se desentiende de esta formación y recurre al mercado. La enseñanza, todo lo referido a educación en distintos niveles, se referencia con el mercado. Desde el oficialismo, pero también desde la oposición institucional, escuchamos una misma consigna: que las empresas contribuyan a esa educación que hoy se necesita capacitando a su personal. Y en realidad las empresas ya lo están haciendo. En cuanto a nosotros, pareciera que estamos retornando después de un giro histórico traumático a aquella lucha que libramos hace varias décadas defendiendo la enseñanza estatal frente a la enseñanza privada (laica o libre). Solo que ahora hasta desde la oposición política se recrimina a las empresas (transnacionales y monopólicas) por el hecho de que no invierten en educación. Obviamente los empresarios, ateniéndose a las reglas del mercado y su cuota de beneficio del capital, sólo invertirán en capacitar a un personal cada vez menor, ya que las nuevas tecnologías requieren mucho menos mano de obra que las anteriores, y su resultado es que producen muchos más bienes que antes.

Apelar al mercado (la enseñanza privada) como supuesto para defender la educación pública es, por lo menos, un contrasentido.

Los historiadores conocemos muy bien este fenómeno, ya dramatizado desde la primera revolución industrial a principios del siglo XIX. Solo que ahora el sistema mundial del capital transnacional ha producido por contrapartida mil millones de personas en el planeta que se están muriendo de hambre, según las Naciones Unidas. Y serán 2000 millones en el año 2010 según esta misma organización.

En Argentina no hace falta sino mencionar solamente la desocupación y el hambre. Nos golpea el rostro todos los días y se convierte en noticia de primera plana de los diarios en forma permanente. Digamos, marginalmente, que esas reacciones no solo están justificadas, sino que deberían ser muchísimo más amplias y comprometernos más a los científicos sociales. Si estudiamos a las sociedades, o sea a los seres humanos considerados colectivamente ¿cómo puede ser ajena a nuestra preocupación que en Argentina existan unos 4 millones de personas por debajo del nivel de subsistencia?

¿Y la educación y la capacitación? El mercado se desentiende porque no le interesa, ya no es de su incumbencia en la medida que la educación es parte de los procesos privatizadores que se aplican a rajatabla. Es el mercado el que decide; y ese mercado es el interés de las empresas transnacionales que dominan el 80% del mundo. Por otra parte, porque es una falacia alimentada por la sistemática propaganda que se difunde en toda clase de medios de comunicación. No es verdad que todos aquellos que se capacitan van a tener oportunidades de trabajo. El sistema mundial del capital transnacionalizado necesita en un polo menos trabajadores capacitados y en el otro extremo menor cantidad de trabajadores. Pero cuanto menos capacitados mejor aún. Es repetir el ideal taylorista del trabajador masivo analfabeto que, según palabras de este autor "cuanto más se parezca a un buey, mejor todavía".

Las contradicciones que esto implica en el sistema son insolubles en general pero en esta coyuntura agudizadas a niveles extremos por el ajuste neoliberal y mercadista. Hasta el Banco Mundial manifiesta hoy su preocupación. La universidad se convierte entonces en un elemento secundario para el sistema, porque la mundialización del capital conlleva la del mercado intelectual. Debe producir lo que pueda necesitar. Y la capacitación especializada y dirigida se hace desde la empresa o desde la enseñanza privada y paga. El dinero es la medida de las posibilidades de capacitación que le interesa al sistema y más específicamente a la empresa transnacional, única en condiciones de hacer inversiones de acuerdo a sus conveniencias. Porque el mercado intelectual existe y es manipulado como cualquier otro producto. Pero si la universidad es absolutamente marginal para el poder, para los universitarios es una cuestión vital asumir las responsabilidades de confrontar. Nuestra crítica a la política educativa trasciende los niveles de la educación en sí misma y se proyecta como reivindicaciones en la sociedad toda. Así, la consigna "Educación para Todos", se convierte en dos cosas: ó una consigna vacía si se espera que el sistema se haga cargo de la misma; ó una consigna de lucha que no se agota en si misma e implica contenidos de mucho más largo aliento. Porque si el sistema actual no puede garantizar "la educación para todos", al levantarla como consigna por quienes realmente creen en ella, su carácter subversivo aparece desde su sola enunciación.

Más aun, cuando se utiliza demagógicamente desde el poder del Estado, no compromete a nada, pues nunca se traduce en acto institucional positivo. El Estado, y más aun el Estado del ajuste neoliberal, no solo es represivo y opresor como todo Estado, sino que en esta fase exacerbada se convierte en neo-malthusiano. En otras crisis, que la historia nos ha enseñado (en Argentina y en el mundo), el recurso para eliminar la sobreproducción de bienes ya producidos por encima de la capacidad de consumo del mercado, se traduce en la destrucción parcial de esos bienes. Y esto es malthusianismo. Cuando un profesional, un arquitecto, un ingeniero, o un historiador, para sobrevivir debe manejar un taxi (si es que puede llegar a hacerlo) eso también es malthusianismo social.

En otras crisis semejantes que hubo en la historia, y que por conocidas ya no es necesario ejemplificar, la eliminación de la sobreproducción invendible se tradujo en la destrucción de los bienes materiales (el vino en Mendoza, los autos en Estados Unidos, etc.). En la actualidad la salud del sistema mundial transnacionalizado pareciera depender de la destrucción de mil millones de seres humanos, y si esta supuesta solución se demora, para el 2010 sería necesario destruir dos mil millones de seres humanos. La irracionalidad del sistema, no tiene alternativas dentro del funcionamiento del mismo. El hambre es un instrumento de política activa para conseguir estos fines, ya que las tasas de crecimiento de la producción no solo recorren un camino inverso a la tasa de desocupación de la humanidad, sino que el desnivel llega a límites que ni el sistema puede asimilar. Contradicción insoluble dentro del sistema pero que no solo no nos inhibe de asumir un compromiso social, sino que nos exige más perentoriamente, una mayor sensibilidad y un mayor compromiso individual.

Como persona cuyo objeto de estudio son las sociedades y por ende de los seres humanos, los historiadores no podemos hacernos los distraídos; y mirar para otro lado. Por el contrario, deberíamos estar en primera línea aportando experiencias del pasado, ya que estamos tratando sobre la vida humana y la sobrevivencia, jaqueada en el mundo de hoy por la paranoia de la agudización de las contradicciones del mundo en que vivimos. Y ello es así, porque el presente es el primer testimonio del pasado. Es nuestra primera fuente documental, como ya lo defendieran hace muchas décadas ilustres colegas que todos conocemos. Cuando hacemos Historia, la hacemos desde aquí, desde este lugar. Y miramos hacia atrás ¿Qué vemos? Eso depende del enfoque de cada uno, pero la diversidad de enfoque no anula que somos personas de Hoy del la Historia.

Mi vivencia como ser humano, me condiciona mi oficio de historiador. El discurso massmediático nos dice en palabras de uno de sus gurúes (Nicholas Negroponte) que hoy hay que *Ser Digital o No Ser*. Para este discurso hay en el mundo de hoy mil millones de personas que *NO SON*. Es el mejor resumen de la exclusión fundamentalista neo malthusiana. El mundo es de los que *SON*. El ser humano cae vencido y no existe entonces, ni Historia, ni futuro rescatable. A la Modernidad le sigue como complemento lógico la Posmodernidad. Para ellos no hay pasado y ahora tampoco hay futuro. Su lógica es coherente y no se la puede desdeñar, ya que es la justificación de un Orden, que impugnamos, pero al que debemos oponer alternativas coherentes.

Y surge la pregunta: ¿Cuánto de ideología encierra todo esto, y no de ciencia social o Historia?

Tomemos entonces un ejemplo de discusión actual: “¿La realidad es real?” El cuestionamiento de lo real podría hacerse desde dos vertientes, por lo menos. Una de tipo positivista que termina por aceptar que la realidad es tal cual la vemos. Otra de tipo dialéctica que plantea que lo real es la determinación o el resultado de diversos cruces, de diversas variables y heterogeneidades que al entrecruzarse producen la realidad. El primer cuestionamiento que me surge es que pareciera confundirse lo real, con el conocimiento que de esa realidad se tiene. ¿Es que nuevamente la polémica es la contraposición entre idealismo materialismo como en otras épocas? Puede ser pero planteada en otros términos.

Yo diría más bien, y de acuerdo a un lenguaje que se generaliza en la actualidad, que la realidad virtual niega la realidad real, y entonces la idea (en términos hegelianos), es anterior a la realidad. La metáfora de la gruta donde el hombre ve a su sombra, pero no la realidad de ese hombre se impone en el virtualismo de algo que parece ser, pero no es.

¿Es que acaso la sombra anula al hombre mismo? ¿Es que entonces la gruta no pasa a ser lo real existente, es decir tiene realidad? En resumen, creo que puede cambiar la realidad real, que por definición es cambiante, no estática, determinada de manera múltiple ya desde Heráclito, pero lo material seguirá siendo lo pre-existente, pues hasta el cerebro humano es material, aunque produzca ideas y por esfuerzos de abstracción pueda escapar de la realidad inmediata, para sistematizarse en ciencia.

¿En el campo de la Historia es acaso posible pensar en un transfondo inmóvil, al mismo tiempo que privilegiar el estudio y la comprensión del cambio y lo diferente? ¿Es que el pensamiento concreto y el pensamiento abstracto son cosas distintas y separadas, ó son dos momentos de un mismo proceso de reflexión?

Y los historiadores, por nuestro oficio, no podemos no tomar partido. Estamos más comprometidos o por lo menos tan comprometidos como el que más para tomar partido en la disputa epistemológica (o metodológica si se refiere). El “combate por la historia” debería ser un “combate” por el compromiso social ya que las sociedades y sus transformaciones son nuestro objeto de estudio, y en la actualidad estas prioridades pasan a ser materia urgente. Porque las responsabilidades están allí, presentes, ya sean asumidas o pre-existentes.

En estas condiciones surge un último problema al que me quiero referir. ¿Qué es lo políticamente correcto en las circunstancias actuales? Y al decir “política” me refiero al accionar consciente y concreto. La alternativa se nos presenta en el mundo intelectual e institucional de esta forma: en sustancia ubicarse o no dentro del sistema, o sea dentro de lo supuestamente posible. En esa disyuntiva yo me declaro necesariamente incorrecto, ya que no me ubico en ninguno de los posibilismos en boga. Debo explicar un poco esta alternativa, como es obvio.

Siempre han existido en el campo de las ciencias sociales, y de la historia, ciertas líneas de investigación que se promocionan, y son las que determinan y deciden los intereses políticos y financieros. Desde el campo profesional y académico es muy frecuente tener otras prioridades, por ejemplo en la actualidad. En el campo de las ciencias sociales, se refieren al mejor abordaje del Trabajo (y no su contraposición, de desocupación); o a la salud pública (y no el mercado sanitario y la medicina privada); o el medio ambiente y la construcción de viviendas para el 80%

de la humanidad (y no el mercado inmobiliario para el lujo y la exuberancia). De ahí surge muy claramente, según los objetivos que busquen, ¿qué especialización se necesita? Y todo esto es una elección política.

Lo que se considera políticamente correcto en la actualidad se afinsa en satisfacer las necesidades de una minoría privilegiada (en el mercado y en la política) y en tal sentido es que me declaro políticamente incorrecto ya que prefiero privilegiar mis preocupaciones en la educación, la salud, la vivienda para todos, y no solo para una minoría que usufructúa los poderes. El 20% de la humanidad se queda con el 80% de la renta mundial.

Hace poco en un reportaje decía uno de los principales asesores de Mitterrand, y por lo tanto insospechable de posiciones extremas de izquierda: “Hoy en día todos los principios de la democracia son aplastados por la economía de mercado. Puedo dar un dato para reafirmar esta afirmación: hoy el total de las transacciones financieras mundiales suman quinientos mil millones de millones, o sea, quinientos billones de dólares. O sea que la relación entre los Estados y el Mercado es de uno a quinientos. El desequilibrio que se produce es muy claro. Para combatirlo es necesario controlar al mercado y, en particular, toda la proliferación financiera, y reforzar la democracia, tanto en el ámbito nacional como en el internacional” (Jacques Attali, *Clarín*, 6 de julio 1997). Pero el Estado no atiende a los mil millones de hambrientos de justicia social que hay hoy, Los Estados a lo sumo hacen un poco de asistencialismo, a los solos efectos de mantener el control social.

En Argentina, el Estado, que ya ha abandonado su papel como capitalista real, para ser mediador de un capitalismo trasnacional, no tiene la capacidad ni la voluntad para solucionar el problema que nos aqueja socialmente. Y respecto a la educación, y si se quiere más puntualmente con respecto a las universidades, su abandono de toda política activa y de promoción, está condicionada por sus propios errores y negociados. Ni siquiera es posible entonces por un esfuerzo de imaginación, suponer que pueda implantarse un capitalismo de “rostro humano” como postulan algunos, ya que para ello primero y ante todo habría que atacar de fondo las propias condiciones de funcionamiento global de este sistema. Pero el Estado al privatizar las principales fuentes de ingresos, se aliena en su capacidad de iniciativa, en beneficio del capital trasnacional.

El Estado representa una hegemonía en acción y el saber (la universidad) entra naturalmente en conflicto con esa hegemonía. Pero el pensamiento tiene una actitud natural que tiende a funcionar con un alto grado de inercia. Hay que asumir que el pensamiento se construye hasta la muerte y la vida es un desafío. Dejar de construir, para la universidad, es la muerte por inercia. Dejar de construir es dejar de plantearse problemas. Por ello rescatamos al intelectual crítico y comprometido y no al simple academicista que justifica al sistema para auto-justificarse.

Ojalá hayamos avanzado en la construcción molecular de una conciencia, que es para nosotros como una condición de vida y supervivencia. Pero nadie hará para nosotros lo que nosotros mismos no estemos dispuestos a plantear, fundamentar y organizar en la lucha. Porque la vida misma es lucha y la Historia no es la acumulación simplemente de conocimiento fáctico, sino el estudio y la comprensión de los procesos de cambio, básicamente, asentados en las

transformaciones sociales, al considerar al ser humano en su totalidad, inmerso en su realidad real y protagonista colectivo de su época.

Santa Rosa, La Pampa, 19 de septiembre de 1997